

## DINERO O ESPIRITU

Por Sebastián SALAZAR BONDY

EL NOMBRE de Ceferino Candelas figuró insistentemente, durante la semana, en las planas de toda la prensa y se hizo encarnación de la esperanza que cientos de personas empeñan en el azar del juego hípico. Candelas, albañil, jefe de un modestísimo hogar es hoy millonario. Para él ha ocurrido el milagro perseguido con paciencia, y para el resto de la gente, que pugna por alcanzar los supuestos paraísos a los que da acceso la fortuna, ha tenido un renuevo la ilusión que, con el ejemplo de este sencillo jugador, se verá acrecentada. Alguna ociosa imaginación seguramente trabaja la novela rosa o negra que puede desatar en la vida del favorecido la posesión del dinero y no pocas febriscentes fantasías retoman ya el tema de las oscuras "leyes de la suerte" que hacen coincidir la cartilla de un jugador con los resultados de la competencia equina, la bolita negra en el número y el color de la ruleta, la serie del naipe dentro de la convención que determina el triunfo. Es probable que no falte quien, dado a relacionar los poderes supremos y desconocidos con una especie de inesperada justicia, adjudique al suceso un carácter providencial, pero tampoco deja de haber el racional que reduce al mero acaso, esa parcialidad ilógica de los acontecimientos, la fortuna que se inclina por uno entre la multitud. Lo único concreto es que a Ceferino Candelas le ha correspondido esta vez, como antes a otros, la bolsa que del inmenso volumen de billetes invertidos la empresa hípica reserva a un apostador, y que esto, que se dice tan fácilmente, troca totalmente el curso de la existencia de aquel hombre y la de los suyos.

LOS SUCESOS que conmueven tan ruidosamente a toda una comunidad tienen como factor primordial el dinero. Y ello porque es el dinero lo que, en el orden actual de valores, posee la fuerza suficiente para variar el rumbo individual de modo absoluto. Leon Bloy decía que ya no hay nadie —o si los hay son muy pocos— que pidan a su Dios el privilegio de ser santo, lo cual según el pensador francés sólo se consigue por el camino de la pobreza. Tampoco, se puede añadir, nadie reclama, a sí o a la voluntad que reputa divina, ser héroe, ser sabio, ser humanamente perfecto. Estas grandezas no son visibles a las muchedumbres, no procuran respetos y admiraciones vastas, no constituyen siquiera realidades que influyan a su alrededor y modifiquen, por su imperio, los errores o las mentiras que prevalecen en el mundo. El culto al oro es también —y quizá principalmente— el culto a quienes lo poseen, cualesquiera que sean las maneras como ha sido obtenido.

EL "PODEROSO caballero" de la letrilla de Quevedo se ha convertido, más y más, en el dueño de todos los actos humanos, en el dictador del flujo de la corriente existencial, en el maestro de pobres y ricos. En aquéllos, porque su escasez se torna presencia agresiva de todos los padecimientos; en éstos, porque su abundancia no colma, en verdad, el ansioso proyecto de honda dicha que es el hombre. Y la asunción del poder por el dinero, hasta su actual ejercicio totalitario del gobierno humano, es la consecuencia de la organización de la sociedad de los individuos en base a ese ente, abstracto pero sólido, que elimina las diferencias por el talento, la virtud y la utilidad social, y las reemplaza por la posesión de una mera alegoría de los bienes materiales. Alguien ha dicho que la crisis de nuestro tiempo consiste, sobre todo en que se toma el símbolo por lo simbolizado. En efecto, una moneda es representación de trabajo. Hay quien guarda esos símbolos contantes y sonantes, y así se evita el deber de trabajar. Puede ser esta la razón por la cual, en el caso del buen Ceferino Candelas como en tantísimos otros casos más, la riqueza es la que saca del anónimo, la que determina la notoriedad, la que hace de un nombre una especie de mito, la que brinda a un hombre los homenajes, las loas, los epítetos, las adulaciones los mil y un privilegios de honor y respeto general, en tanto que, apenas unos pasos más allá, sucumbe quizá, como en el cuento de Kafka, el verdadero vencedor en la batalla por la salvación del espíritu.